

Globethics Repository



Haití: de la ruptura a la transición [Haiti: the break-transition]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Castor, Suzy
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-24 12:51:13
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221317

Haití: de la ruptura a la transición

Suzy Castor

Suzy Castor: Historiadora haitiana. Profesora-investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Directora de la Revista "El Caribe Contemporáneo". Entre sus publicaciones destaca "La Ocupación Norteamericana de Haití".

En América Latina, la década de los 70, se caracterizó en varios países, sobre todo en América del Sur, por la instalación en el poder de dictaduras de corte fascista. En respuesta a la profunda crisis del sistema, esos regímenes representaron la negación de los elementos más sustanciales de la institucionalidad democrática y de los símbolos de la misma. Sin embargo, el fracaso en su proyecto económico así como en su objetivo de someter a las fuerzas democráticas y populares llevaron a esos regímenes dictatoriales a abrir desde arriba determinados espacios políticos, para llegar mediante una transición paulatina a una "democracia restringida". Las dictaduras unipersonales como la de los Stroessner en Paraguay, de Pinochet en Chile y de Duvalier en Haití mostraban su incapacidad para adaptarse a este proceso.

Por ello, el tema de la democracia de su contenido, de sus formas y viabilidad en la etapa actual toma un nuevo repunte. El derrocamiento de la dictadura de los Duvalier, al principio del año, viene a constituir una nueva experiencia para América Latina. En este artículo nos proponemos hacer algunas reflexiones sobre una situación - que pese a que se encuentra todavía en un proceso muy dinámico - puede enriquecer las reflexiones sobre los procesos de cambio en nuestro continente.

En la tarde del 30 de enero último, corrió la noticia en Haití y el mundo del arresto de Jean Claude Duvalier y de la formación de una junta cívico-militar integrada por cuatro miembros: dos militares y dos civiles, representando la Liga de los Derechos Humanos y la Iglesia quien tuviera un papel activo en la organización de

la disidencia.

El hermetismo de los cables internacionales se rompió con la declaración del portavoz de la Casa Blanca, Larry Speakes, quien confirmó a la prensa internacional, el 31 de enero a las 7:30 horas, la "huida" del dictador haitiano. Al mismo tiempo, el funcionario apuntaba la disposición de Estados Unidos de apoyar la junta cívico-militar recién constituida. El mundo entero, sin una sola voz discordante, reconoció este gran paso dado por Haití en su vida política.

Sin embargo, hora y media más tarde (9:00) el mismo presidente de Haití en una transmisión radial, dio un formal desmentido a dicha noticia, afirmando que se mantenía en el poder tan firme "como la cola de un mono". Poco después, en una segunda conferencia de prensa el Departamento de Estado tuvo que confesar que se había equivocado ya que sus informaciones eran "confusas y contradictorias". En realidad, no se trataba de un equivocación, sino de la ruptura unilateral por parte de Jean Claude Duvalier de un pacto concertado entre la dictadura, los norteamericanos y sectores del ejército, de la Iglesia y de la Liga de los Derechos Humanos. El monstruo que había mantenido los Estados Unidos, en una actitud de franca rebeldía (¡signo de los tiempos!) ponía en evidencia la intromisión de su amo en una crisis política que había llegado a su culminación y a un punto de no retorno.

De inmediato, el gobierno de Duvalier, en sus sobresaltos de agonía y en un último intento por conservar el poder, por una parte anunció un nuevo proyecto de gobierno "para superar las grandes desigualdades de la sociedad" y por la otra, recrudesció la represión en contra del movimiento popular decretó el estado de sitio por 30 días, clausuró a las emisoras opositoras al régimen, multiplicó los arrestos, incomunicó a las provincias y ordenó disparar sobre las masas manifestantes.

Pese a la brutal represión la oposición se fortaleció. Las manifestaciones antidictatoriales se extendieron y las jornadas de protesta se realizaron casi permanente y simultáneamente no sólo en las ciudades más importante del país (Port-au-Prince, Cap-Haitien, Cayes, Gonaives, Grand-Goave, Petit-Goave, St. Marc, Jeremie, Aquin), sino también en algunos pueblos más apartados (Limbé, L'Asile, Acul, St. Jean du Sud, Petite Riviere, St. Michel de L'Attalaye). Los cuarteles de los tontons-macoutes fueron destruidos, las casas de los altos dignatarios del régimen incendiadas, las barricadas levantadas en las calles, etcétera. La huelga general decretada para el 12 de febrero, se adelantó desde el 3 con un éxito de un 90 por ciento.

Los Estados Unidos humillados y criticados internacionalmente, respecto a este falso paso en Haití, ya no podían sostener al dictador. En realidad la dictadura pese a sus declaraciones bravuconas, se había derrumbado y el gobierno, aislado nacional e internacionalmente ya no gobernaba. El 7 de febrero a las 3:46 de la mañana con un séquito de 23 personas, Jean Claude Duvalier, sin haber conseguido asilo en ningún país, partía en un avión de la fuerza aérea

estadounidense con destino a Francia, haciendo escala de 1 hora 45 minutos en la base de Roosevelt Roads de Ceiba sin conocimiento del gobernador de Puerto Rico, Rafael Hernández Colón. De inmediato se anunció la formación de un Consejo Nacional de Gobierno de 6 miembros encabezado por el general Henry Namphy, jefe del estado mayor.

Así terminaba un largo día de 180 horas que cerraba la etapa de la dictadura unipersonal, marcando un cambio cualitativo en el escenario político haitiano.

¿QUÉ REPRESENTÓ LA DICTADURA?

La dinastía de los Duvalier había durado 28 años 5 meses. Desde 1957, François Duvalier al instalarse en la presidencia había introducido cambios sustanciales en la estructura del poder así como en los métodos y mecanismos de dominación. Rompiendo con la tradición de la democracia representativa instalada por los norteamericanos a partir de la intervención (1915-1934), instaló un régimen que combinaba a la vez los rasgos tradicionales del autocratismo, con los elementos de un Estado moderno así como de la política de contrainsurgencia de Estados Unidos. Domesticó al poder judicial y legislativo. Debilitó al extremo al ejército, institución hasta entonces rectora de la vida política y creó el cuerpo paramilitar de los tontons-macoutes. De obediencia personal a Duvalier, esta fuerza con una estructura nacional, llegó a tener hasta 40.000 hombres, mientras que el ejército contaba apenas con 7. 500 efectivos. La dictadura unipersonal erigió la presidencia vitalicia y estableció un sistema de control y de represión de lo más modernizado convirtiendo el terror en sistema de gobierno. El terrorismo de Estado, el miedo interiorizado, la corrupción, la manipulación ideológica, la corrupción y la despolitización se convirtieron en potentes instrumentos del régimen. Teniendo el monopolio de la violencia, Duvalier aplastó todas las expresiones de lucha en su contra. Así, pudo en el contexto de un debilitamiento extremo de la oposición, transmitir en 1971 la presidencia vitalicia a su hijo. Pese a su inexperiencia e incapacidad notorias, éste pudo mantenerse, en el poder principalmente gracias a la ya bien construida maquinaria dictatorial y al apoyo multiforme de Estados Unidos.

De inmediato, Jean Claude Duvalier proclamó "la revolución económica" destinada a mejorar una situación que se había caracterizado durante la década de los 60, por una regresión absoluta en todos los renglones. Por esa razón un leve aumento de la tasa de crecimiento entre 1973 y 1978 hizo hablar de un auge económico. Sin embargo, pese a las condiciones máximas ofrecidas a la inversión extranjera (ausencia de sindicatos, de huelgas, exención fiscal, sobreexplotación de la clase obrera particularmente en las maquiladoras), pese a la ayuda masiva de Estados Unidos y de las organizaciones internacionales (en 5 años el gobierno recibió más de 2.000 millones de dólares en ayuda de dinero y de alimentos, de Estados Unidos, República Federal de Alemania, Taiwan, Francia e Israel), el gobierno se mostró incapaz de impulsar cualquier proyecto de desarrollo aun dentro de los límites de un país subdesarrollado y dependiente. La revolución económica se

convirtió en un estruendoso fracaso: en 1985 la deuda pública externa era de 650 millones de dólares, el déficit comercial de casi 200 millones de dólares, el desempleo del 50 por ciento. Según el Banco Mundial el ingreso per capita de 420 dólares en 1980 bajó a 380 en 1985.

En definitiva, el régimen corrupto y saqueador acentuó los rasgos de una economía débil, conservó las estructuras arcaicas y no pudo ni de lejos elevar el bajo desarrollo de las fuerzas productivas. Llevó al país a la mendicidad internacional, a un mayor endeudamiento y a una mayor dependencia. Haití sale de la era duvalierista como el país más pobre de América Latina con una polarización de la riqueza entre unos pocos ricos frente a la gran mayoría carente de las condiciones elementales para una vida digna (promedio de vida 55 años; 125 por mil de mortalidad infantil).

Al mismo tiempo, el gobierno, en busca de una imposible legitimidad, proclamó una política de liberalización. Sin embargo, el espacio político abierto desde arriba se empezó a ensanchar en la medida en que las fuerzas democráticas y populares comenzaron a actuar legalmente. Se estableció entonces un juego dialéctico entre la autoliberalización restringida del régimen y la presión de las luchas populares para conquistar campos totalmente cerrados en los años anteriores.

Pese a las olas sucesivas de represión, el gobierno tenía cada vez más dificultad para mantener dicha liberalización en el umbral de tolerancia definida por él mismo. Los límites de ésta, tendían cada vez más a no ser impuestos por el gobierno. El surgimiento de partidos políticos - no obstante sus limitaciones y debilidades -, la existencia de ciertas instituciones democráticas (Liga de los Derechos Humanos, asociaciones de profesionales), obligaron al gobierno a legislar sobre su funcionamiento y a adoptar ciertos cambios jurídico-institucionales como respuestas a reivindicaciones políticas muy precisas (elecciones municipales y legislativas). Así, pese a su apariencia inmutable, la dictadura a partir del momento en que empezaba a perder la total iniciativa de sus autoreformas empezaba al mismo tiempo a debilitarse.

Dos categorías de actores jugaron un papel importante en la coyuntura considerada. Por una parte, la dictadura ya debilitada, Washington con sempiterna acción intervencionista en su traspatio, el ejército en una posición vacilante y, por la otra, la oposición antiduvalierista cada vez más fuerte.

LA DICTADURA Y SUS SOSTENES

Ya durante sus últimos años, el régimen duvalierista se había convertido en un coloso con pie de barro. El matrimonio de Jean Claude Duvalier con Michelle Benett en 1979, realizó la llamada "reconciliación nacional" pretendiendo reunir alrededor del poder a los dos sectores negro y mulato de la oligarquía. Sin embargo, era sólo la apariencia ya que en realidad se había quebrantado el monolitismo del duvalierismo. Por una parte, la entrada de los recién llegados

conllevó una feroz lucha de poder entre éstos y los "dinosaurios"; por la otra, la creciente voracidad del clan Benett, el cual a la sombra del poder pretendió monopolizar todos los sectores de la economía, provocó fuertes antagonismos en el seno de la burguesía. En fin, no menos importante fue el derrumbe del negrismo, columna vertebral de la ideología del duvalierismo, con esa entrada triunfante y casi hegemónica de los mulatos en el poder.

Además, a partir de 1980, la crisis económica cada vez más aguda la gestión anárquica del gobierno y su incapacidad para asegurar un buen funcionamiento del Estado, la corrupción, el pillaje, el caos financiero, el despilfarro y la extravagancia de Michelle Benett quien estableció un verdadero sistema de extorsión para la burguesía negra y mulata, fueron muchos factores que alimentaron el descontento de la burguesía. Así se incubaba una crisis en el seno mismo del duvalierismo, la cual venía a encontrarse con la crisis generalizada de la sociedad haitiana.

Es importante señalar la posición norteamericana, uno de los pilares más firmes de la dictadura. Tal como la señala Gérard Pierre-Charles, "el duvalierismo fue la forma que tomó la dominación imperialista en Haití". En efecto, el entrelazamiento entre esta dominación y la opresión del pueblo es evidente. En el contexto del triunfo de la revolución cubana, del anticomunismo y del desarrollo de la ideología de seguridad nacional, el gobierno de los Duvalier recibió todo el apoyo político, policiaco, militar y económico de seis administraciones norteamericanas. Las constantes violaciones a los derechos humanos, la implantación de la presidencia vitalicia y hereditaria no alteraron las relaciones americano-haitianas. Si bien, la política de derechos humanos de Carter, incidió en la política de liberalización del gobierno ésa se cerró de manera brutal y casi automáticamente con la llegada de Ronald Reagan a la presidencia. Sin embargo, poco después, aún la administración Reagan empezó a presionar para la realización de elecciones periódicas cuestionando asimismo la presidencia vitalicia. Al mismo tiempo, el Fondo Monetario Internacional, pedía más racionalización en la administración pública, menos pillaje y robo, más control de los fondos de ayuda. No obstante, el carácter vitalicio así como el poder personal y autocrático, al constituir la esencia del régimen, no permitían ni estas reformas, ni la democratización restringida desde arriba.

El ejército, creado y entrenado por los norteamericanos como guardián del statu quo, desde 1934, constituía la institución más estructurada y fuerte del país, hacedor y deshacedor de presidentes. Humillado y desarticulado por el duvalierismo, pese a ciertas reformas en los últimos años, el ejército manifestaba una falta evidente de liderazgo, poca capacidad técnica y reducido poder de fuego. Además carcomido por dentro, muchos de sus miembros fueron cooptados como tontons-macoutes. Pese a esas debilidades evidentes, esa institución, incapaz de realizar un golpe de Estado, se presentaba como la única apta de asumir el poder bajo la perspectiva de neodualismo. Su posición de esfinge no permitía prever su actitud en el desarrollo de la coyuntura. ¿Qué capacidad tendría su cúpula para

entrar en el juego político? ¿Cuál era la de sus bases para empujar el proceso antiduvalierista o reprimir con violencia al movimiento popular? Esas preguntas constituían interrogantes sin respuesta.

LA OPOSICIÓN A LA DICTADURA

Cuando hablamos de oposición, nos referimos a un conjunto heterogéneo de capas sociales, con aspiraciones y reivindicaciones bastante diversas, y que integran los siguientes sectores:

La burguesía: como lo señalábamos después de la reconciliación hacia 1970-71, con el poder duvalierista, que al fin y al cabo defendía sus intereses, la burguesía empezó a manifestar ciertos malestares frente a la actitud del clan Benett, la profundización de la crisis económica y la ineficacia del poder. Sin embargo, la falta de un liderazgo definido así como de un proyecto de sociedad, no permitió a la burguesía presentarse como alternativa de poder al duvalierismo, tal como lo hizo en 1957, con el agrónomo Louis Déjoie.

La pequeña burguesía urbana: en un primer tiempo, víctima de la ideología del negrismo y después de la mitología de la liberación y de la revolución económica, buscando desesperadamente un acomodo con el duvalierismo, la pequeña burguesía urbana cada vez más se encontraba sin ninguna perspectiva. Decepcionada fue a engrosar los rangos de la oposición.

La Iglesia: la Iglesia católica tuvo el importante papel de estimulador de la concientización y de organizador de las protestas populares. En una evolución que empieza con un apoyo total al régimen la Iglesia a finales de la década de los 60 vive una época difícil con la expulsión del país de varios sacerdotes, y la excomunión de François Duvalier por el Papa. Después de este intermedio, la reconciliación ocurre. Sin embargo, las influencias del Concilio del Vaticano II, de la acción de la "Teología de Liberación" y las de igualdad, justicia social, orientan el trabajo de las comunidades de base: creación de escuelas, desarrollo de la educación, primeros avances en la alfabetización, etcétera. Este trabajo silencioso, identificándose poco a poco con las aspiraciones populares, sin enfrentamiento con el poder, empieza a enraizarse bastante a nivel de las áreas rurales, de los pequeños pueblos, y de las ciudades. La visita del Papa en 1983, al alentar "el cambio" dio una base institucional a la acción eclesial.

En este contexto, a partir de la última represión de 1980, la iglesia quedó como la única fuerza legal en el país. Con su capacidad de convocatoria y reunión en la población, con su diseminación en todo el territorio nacional, con la utilización de las iglesias como lugar de reunión, y la utilización del púlpito como foro de denuncia y sobre todo con sus emisiones radiales, la iglesia se vuelve un vehículo directo de la politización y de la toma de conciencia ciudadana. Por ello, durante 1985, año internacional de la juventud, la realización de las marchas de protesta organizadas por la Iglesia empezaron con lemas que tendían a reivindicar la

dignidad humana "todo hombre es hombre y como tal tiene que ser tratado". Pasaron después al cuestionamiento de la presidencia vitalicia y terminan por exigir la desaparición de la dictadura como contraria a la justicia social y a la dignidad humana.

Las masas populares: el saldo de las heroicas luchas en contra de la dictadura durante estos 28 años, marcada por una larga cadena de derrotas, había proporcionado una experiencia incommensurable a las masas populares. Desde la conspiración de los sectores de la oligarquía tradicional hasta la rigurosa clandestinidad y el inicio de la lucha armada de los comunistas, desde los desembarcos de la pequeña burguesía desde Nueva York y Santo Domingo, hasta las revueltas campesinas, desde la conquista de un espacio por la prensa independiente y las asociaciones democráticas hasta la simbólica aparición de los partidos políticos, se nota una larga y trágica búsqueda para poner fin a la dictadura.

Nuevos sectores sociales surgieron, el campesinado actor mudo desde la ocupación norteamericana, la juventud renovando su tradición de lucha, las provincias totalmente ignoradas que irrumpen en el escenario político, etcétera, así mismo sectores siempre ahogados por sus reivindicaciones al pan, al trabajo, a la salud y en favor de una real participación política, rompieron el miedo, el producto y aliado más eficaz de la dictadura.

La despolitización y la aparente pasividad de las dos últimas décadas se desmoronaron frente a la misma dinámica política que concientizó y movilizó.

En una búsqueda innovadora se vinieron encauzando nuevas formas de lucha más efectivas en el enfrentamiento con la dictadura: las imponentes marchas que tuvieron la ventaja de presentar una oposición acéfala y por consiguiente más difícil de reprimir; la agitación de las provincias que obligó a las fuerzas represivas a salir de la república de Puerto Príncipe y a dispersarse, la utilización de la radio como medio de información y de movilización.

En definitiva, en esta coyuntura se dio la conjunción de fuerzas heterogéneas unidas hacia un objetivo común: la desaparición de la dictadura.

EL ELEMENTO DETONADOR

El 28 de noviembre en la ciudad de Gonaïves, se realizó una nueva marcha de la juventud. La policía brutalmente reprimió a los manifestantes y mató a tres estudiantes (de 13, 15 y 20 años). La indignación cundió en Gonaïves y se extendió a todo el país. La muerte de los tres "muchachos" hizo derramarse la copa de los 33.000 muertos, asesinados y desaparecidos del régimen. En Gonaïves, foco de la rebelión, se multiplicaron las manifestaciones que tomaron una connotación antimacoutes y antiduvalierista. Todas las ciudades de provincia a su vez empezaron a realizar marchas de protesta para exigir justicia. Rápidamente los

lemas se transformaron en "abajo la miseria vitalicia", "abajo la dictadura vitalicia", "abajo la injusticia vitalicia", "abajo el desempleo", etcétera.

Contingentes del ejército mandados de la capital trataron de aplacar el viento de rebelión que atravesó el país. No obstante, empezaron a surgir algunas estructuras organizativas: 354 madres de familia de diferentes partes de la república realizaron el 17 de diciembre una manifestación de solidaridad con las madres de Gonaïves que habían perdido a sus hijos; se programan y se realizan una serie de peregrinaciones en las 7 diócesis y en todas las parroquias del país. Se rumorea una huelga del comercio. El 14 de enero la Asociación de Industriales manifiesta su preocupación y se pronuncia en contra de la violación de los derechos humanos. Pese a la brutal represión, pese a los arrestos masivos, pese a todos los procedimientos de intimidación, el movimiento crece. La represión no rendía más frutos; el poder había perdido su arma más eficaz.

El ejército empieza a manifestar cierta vacilación. A principios de enero, 14 soldados fueron arrestados por no haber cumplido con sus deberes. Un malestar se evidenciaba y empezaron a circular volantes llamando a los soldados a expresar sus reivindicaciones en favor de mejores sueldos, en contra de los malos tratos y denunciando los antagonismos entre soldados y tontons-macoutes. Se estableció una evidente complicidad entre las manifestaciones populares y los soldados; "no teníamos orden de disparar" dijeron unos, mientras que otros afirman "el ejército no podía disparar en contra del pueblo". Sea lo que sea el peso de la represión en esos días recayó sobre los tontons-macoutes, y el ejército se limitó más bien a despejar la vía pública.

Frente a la fuerza de la rebelión popular y frente a la evidente imposibilidad para el gobierno de controlarla, "el gobierno de Ronald Reagan - apuntó Anthony Lewis del *New York Times* (11 de enero) había concluido pocas semanas antes que su postura ya no era defendible y que el esfuerzo de apoyo a Jean Claude Duvalier sólo asociaría a Estados Unidos con una causa perdida. La decisión tomada fue mantenerse a distancia de Duvalier y ayudarlo solamente a huir". Por ello, el 14 de enero, Elliot Adams, secretario adjunto de Estado para asuntos interamericanos manifestó que Estados Unidos recortaría la ayuda a Haití "a menos que el gobierno tome medidas concretas para mejorar la situación". El 7 de febrero se anunció públicamente la suspensión de la entrega de una partida de 7 millones de dólares de la prevista ayuda de 54 millones.

Sólo, sin ningún sostén frente a la marea popular, el gobierno no tenía ya ningún soporte y ninguna fuerza. Así, empezó la caída libre del 30 de enero.

PERSPECTIVAS DEL CAMBIO

La movilización popular se manifestó como la fuerza predominante que desencadenó la crisis. La actuación de las masas constituyó el elemento nuevo de gran significado en el escenario político. Sin embargo, el movimiento social se

adelantará a la organización política porque entre otro, la larga dictadura, al moldear todas las estructuras políticas e ideológicas, al no dejar funcionar ningún partido o sindicato, al congelar las expresiones de la lucha de clase, redujo al mínimo la capacidad de organización. Así, del 30 de enero al 7 de febrero se produjo un vacío de poder y ninguna fuerza opositora se mostró capaz de llenarlo. Por ello, el duvalierismo y el imperialismo tuvieron una tregua para realizar un reacomodo de sus fuerzas. La integración del Consejo Nacional de Gobierno y del gabinete con una amplia mayoría de colaboradores del régimen repudiado, evidencia las componendas que se realizaron. Todavía más, Jean Claude Duvalier se dio el lujo de declarar en su último mensaje a la nación, difundido 4 horas después de su huida "salgo con la cabeza erguida... dejo el poder a los militares".

De allí el gran problema de la viabilidad del proceso de democratización. La declaración del general Henry Namphy según la cual "el Consejo trabajará para el restablecimiento de una democracia real y funcional, fundada en el respeto absoluto de los derechos humanos, la libertad de prensa, la existencia de sindicatos libres y el funcionamiento de partidos políticos estructurados", plantea en realidad las perspectivas del cambio en esa situación concreta. Un país condicionado por 29 años de terror y un sistemático desarrollo de prácticas antidemocráticas, un limitado desarrollo económico, la ausencia de una fuerza hegemónica en el escenario político.

Un primer elemento condicionante importante - no determinante sin embargo - es la acción de los Estados Unidos. Washington se disoció de la dictadura, hasta el final, presionado por los acontecimientos y por el miedo a una radicalización del movimiento popular. Es de notar que debido a las características del mismo, así como la evidente debilidad de los partidos de izquierda (en particular del Partido Unificado de los Comunistas Haitianos) jamás se pudo tachar al movimiento de comunista. Ninguna consigna antiimperialista fue lanzada y por consiguiente en ningún momento se planteó un "peligro" para la potencia imperialista, en ese país considerado por los estrategas del Pentágono como "el colchón estratégico militar de Occidente en el Caribe por su vecindad con Cuba".

En esta etapa post-Duvalier, el gobierno estadounidense por una parte ofrece su apoyo al Consejo de Gobierno (económico, alimenticio, y militar, por ejemplo la primera ayuda prometida fue el fortalecimiento de los servicios de inteligencia). El reacomodo político de las élites y la realización de elecciones para asegurar el funcionamiento de la "democracia representativa" constituyen objetivos que "vendrían a promover la democracia en esta empobrecida República" tal como lo señaló Ronald Reagan. Al mismo tiempo, durante estas últimas semanas, Washington realiza una sutil pero eficaz orquestación de prensa destinada a preparar a la opinión pública a aceptar una intervención encubierta o directa en caso de que fuese necesaria: tal campaña se valió de infundios tales como desembarco de 200 guerrilleros a partir de Cuba; la instalación clandestina del aparato del Partido Unificado de los Comunistas Haitianos en el país, y además refiriéndose de manera insistente a la actitud de vandalismo de las masas, al

peligro de un caos político, a la imposibilidad para el Consejo Nacional de controlar la situación. A la vez, Estados Unidos manobra a nivel de organismos tales como la OEA, para restablecer desde ahora eventuales operativos intervencionistas, que vendrían a sustituir a los ya caducos mecanismos del TIAR, inservibles después de la guerra de las Malvinas. En fin, a declarar a los estudiantes de Virginia que "las relaciones de Washington con las nuevas autoridades haitianas dependerán de la dirección en que se orientará Haití, "Ronald Reagan hace pesar sobre el futuro del país, toda la fuerza de su potencia imperialista decidida a "defender" sus privilegios y su hegemonía.

La Iglesia en esta coyuntura se mostró - y sigue mostrándose - una eficaz fuerza de movilización y de organización. Sin embargo, debido a sus características estructurales difícilmente podría convertirse en una vanguardia política. Además, la actitud previsible del Vaticano puede, en un futuro próximo, llevar en el seno de esa institución rupturas bastante profundas.

En realidad, la movilización popular constituye el elemento clave que orientará el proceso de cambio. El derrocamiento de la dictadura permitió a las masas populares una recuperación de la confianza en sí mismas, en su fuerza para transformar la realidad. Puso de manifiesto su capacidad creadora para desafiar al poder. No obstante, esta fuerza bastante poderosa para tumbar al régimen, no llevó a las masas a plantear una estrategia para tomar el poder. En ningún momento llegaron a presentarse como alternativa de poder.

En la primera etapa del proceso post-duvalierista que se caracteriza por el derrumbe de las estructuras del duvalierismo, la democratización será más profunda en la medida en que la movilización sea fuerte; si ésa se nota débil, más fácilmente se dará el reacomodo de los instrumentos y mecanismos autoritarios.

Las masas, espontáneamente se volcaron a destruir físicamente, todo lo que recordaba al duvalierismo, en particular las casas y negocios de los asesinos y torturadores más conocidos. Como lo expresó el responsable de los salesianos, Padre Bertrand: "el pueblo vivió una verdadera liberación colectiva que tradujo todo el miedo almacenado durante estos años".

LOS 25 PUNTOS DE GONAIVES

Las primeras medidas del Consejo Nacional de Gobierno se orientaron a calmar la ira popular: desarme y disolución del cuerpo de los tontons-macoutes, liberación de los presos políticos, disolución del Parlamento surgido de las elecciones fraudulentas de 1984, nacionalización de los bienes del exdictador; arresto de algunos torturadores, etc. Sin embargo, las reivindicaciones populares expuestas, a partir de Gonaives (el 11 de febrero) en un pliego de 25 puntos se orientan a exigir a) **la destrucción del aparato duvalierista** (expulsión de los tontons-macoutes del Consejo Nacional, de gabinete y del ejército; cese dentro de la función pública de los funcionarios incompetentes y corruptos; reforma del cuerpo diplomático;

arresto y proceso de los torturadores y culpables de malversación; eliminación de las cámaras e instrumentos de tortura); b) **reivindicaciones de tipo social** (aumento del salario mínimo en la enseñanza, la industria, el comercio, el ejército; reducción de impuesto sobre los artículos de primera necesidad, cierre de los tribunales especiales). c) **establecimiento de las bases para un gobierno democrático** (adopción y modificación de la constitución de 1957; libertad de funcionamiento de los sindicatos y de los partidos políticos; elecciones generales, municipales, legislativas y presidenciales). En la medida en que estas reivindicaciones no se puedan concretizar, es posible prever una radicalización del movimiento de masas.

En este período de ruptura y de transición, la problemática de la democratización se proyecta dentro de un contexto de conflictos sociales explosivos.

La oligarquía intentará acerbamente recomponer sus fuerzas. Sin embargo, ésta se prevé difícil ya que en el seno de las capas dirigentes los conflictos de poder refrenados por tanto tiempo, durante el duvalierismo, se manifestarán con mucha fuerza y con incontables candidatos a la presidencia. El regreso de los exiliados diseminados por el mundo y cierto flujo de los emigrantes, así como la misma evolución de la política internacional, hará que Haití salga de su insularidad. La Internacional Socialista, la democracia cristiana el comunismo, la experiencia latinoamericana, la revolución cubana la situación de Centroamérica estarán presentes a un nivel u otro en las corrientes ideológicas que atravesarán al país. Por ello, el proceso de democratización se proyecta con una gran complejidad pero a la vez con mucha riqueza.

En efecto, este período de transición constituye para el pueblo la oportunidad histórica para organizarse y forjar una auténtica democracia. Ya los embriones organizativos, creación de las propias masas, la presencia de fuerzas progresistas (Iglesia organizaciones, partidos) constituyen realizaciones importantes en este camino para la instalación creadora de una democracia que permita la construcción del país y la recuperación de su dignidad y su soberanía.